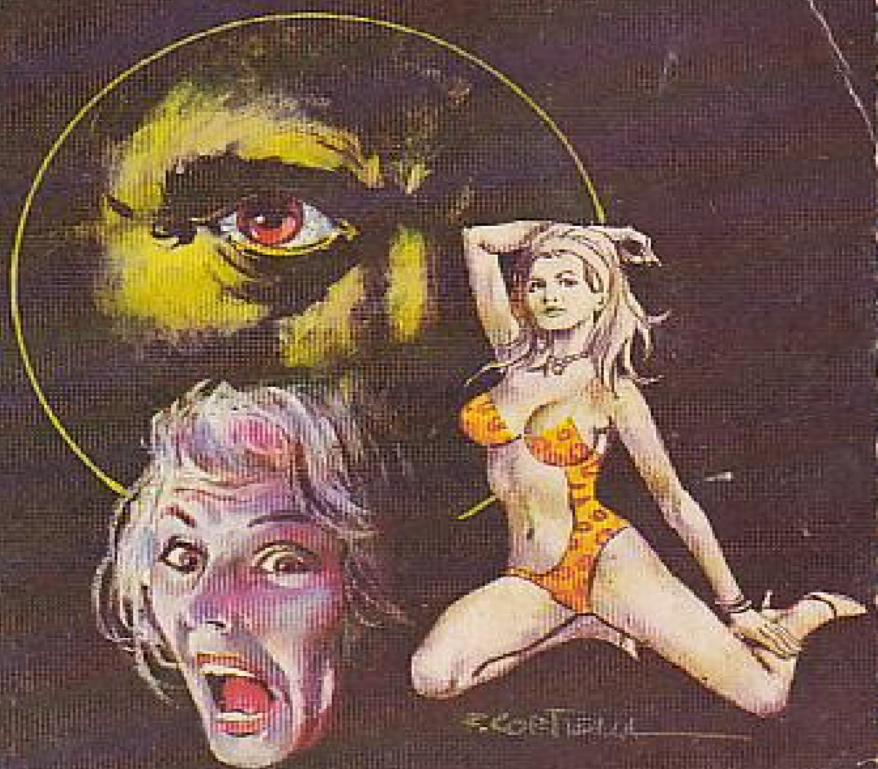


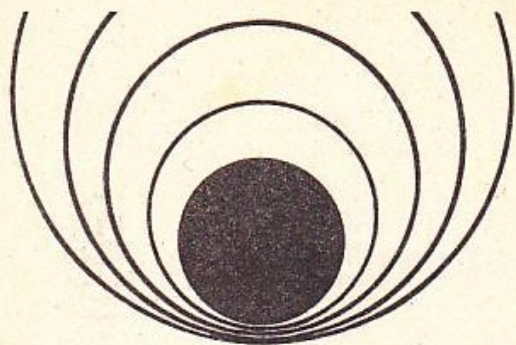


SILENCIO EN MARSELLA

Joseph Berna

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS





PUNTO ROJO



JOSEPHBERNA
SILENCIOENMARSELLA
ColecciónPUNTOROJOOn.
°967Publicaciónsemanal



EDITORIALBRUGUERA,S.A.

BARCELONA-BOGOTA-BUENOSAIRESCARACAS-MEXICO

ULTIMASOBRASDELMISMOAUTORPUBLICADASPORESTAEDITORIAL

1.569.—Elmuertodesayunaenlacama.

EnColecciónKANSAS:

843.—LaeleccióndemissOklahoma.

EnColecciónCOLORADO:

841.—

Unosadocaliforniano.EnColecciónBISONTESERIEAZUL::

504.—Labellayelvagabundo.

EnColecciónBUFALOSERIEAZUL:

441.—LapelirrojadeCheyenne.

EnColecciónPUNTOROJO:

948.—¿Quiereustedasesinaramiesposa?

ISBN84-02-02520-XDepósito legal:B.27.331-1980

Impreso en España-Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1980

©Joseph Berna-1980 texto

©Rafael Cortiella-1980 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A. Mora

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.

Parets del Vallés (N-152, Km 2t, 650) Barcelona-1980

CAPITULO PRIMERO

Evelyn Fox estaba en su Mini, de color verde oliva, frente a El Pato Gris, un hotel al que era la primera vez que Evelyn visitaba Francia.

Y al llevarla a casa de esas semanas en el país, y todavía disponible a tantas, pues sí, sus ahorros le permitían, pasaría todo el mes en Francia.

Evelyn deseaba que así fuera, de ahí que economizar a todo lo posible, alojándose en El Pato Gris se alquilaba un muy lejano de la famosa Canebière, la avenida de la cual era el (1) Barrio Chino de Marsella.

Evelyn Fox cogió el subterráneo y salió del coche, olvidándose por el momento de su trabajo. El hombre que se hallaba tras el mostrador del vestíbulo, un tipo de mediana edad,

Evelyn Fox, que contaba apenas veintidós años de edad, no sólo poseía un cuerpo

alargado y esbelto, con los relieves necesarios, sino también un rostro moderno.

Lucía un ceño de pantalón, color hueso, y una liviana blusa amarilla, anudada en la cintura.

Los ojos del recepcionista del hotel fueron adquiriendo un brillo hartos significativo.

Evelyn se dio cuenta de ello, y le disgustó.

Le gustaba que la mirasen los hombres, pero sólo los jóvenes, y el recepcionista era un tipo de mediana edad.

Sí, al menos hubiese sido un cuarentón apuesto y agradable...

Perón.

Era un gordito chaparroy con cara de bollo, cuya forma de mirar irritaba a Evelyn.

Sin embargo, no lo hizo.

Ya estaba allí, y allí se quedaría.

Suponiendo que hubiese habitaciones libres, claro. Evelyn se detuvo frente a la puerta.

—Buenos días—gruñó, casi, en inglés.

Los gruesos labios del recepcionista se distendieron en una sonrisa al joven.

—Buenos días, señorita—respondió, también en inglés.

—¿Habla usted mi idioma?

—Sí, señorita.

—Bien. ¿Tiene habitaciones libres?

—Sí, señora.

—No necesito más.

—Supongo que no—rió el tipo.

—¿Dónde tengo que firmar?—preguntó Evelyn, seria.

El recepcionista sacó el libro de registro de debajo del mostrador y lo abrió, indicando.

—Aquí, señorita. Evelyn se inscribió.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse, señorita Fox?—

preguntó el recepcionista.

—Dos o tres días.

—¿Trae equipaje?

—Sí, lo tengo en el coche.

—

De las llaves y haré que se los suban a su habitación. Evelyn se las entregó.

—Es un Miniverde oliva.

—

Muy bien. La llave de su habitación, señorita Fox. Es el número 12. Por la escalera.

—

indicó el tipo.

—Gracias—dijo la joven, caminando hacia allí.

Por el rabillito del ojo observó al recepcionista, y vio cómo los ojos del tipo se clavaron en ella.

—Viejo verde...—

rezongó Evelyn, muy bajo, para que el hombre no la oyera. Subió rápidamente la escalera.

Tenía baño.

Y una cama bastante amplia.

Por el precio, la habitación no estaba mal, desde luego. Evelyn se permitió que le suspirara.

Lo hizo un muchacho de unos diecisiete años de edad, pelo rojizo, muy revuelto, y

Evelyn le dio las gracias y también una pequeña propina, que el muchacho aceptó.

La joven puso un bolso de la maleta sobre la cama y la abrió, sacando un atrevido bikini.

Evelyn se desanudó la blusa y se desprendió de ella, quedando con los pechos al aire.

Luego, se quitó el pantalón y las sucintas braguitas blancas, dejando al descubierto

Evelyn se puso la cortina de baño y se sentó en el cinturón.

Después, guardó en un bolso el paño que se había quitado, así como lo talleado.
Bajó al vestíbulo.

Como Evelyn ya esperaba, el desagradable recepcionista le dio un descaro.
La joven se acercó al mostrador y entregó al tipo la llave de su habitación, diciéndole:
—Me voy a la playa, y lo más seguro es que no venga a almorzar.
—Como prefiera, señorita Fox—sonrió el recepcionista.
Evelyn salió del hotel, montó en su Mini, y lo puso en marcha, dirigiéndose a la playa.
Eso hizo la joven, apenas llegó a la playa.

Permaneció unos quince minutos en el agua y luego se tumbó sobre su toalla.
Evelyn se había tumbado boca abajo y saltó el sujetador del bikini, para que nadie lo viera.
Estuvo a punto de quitárselo de todo, cosa que no hubiera extrañado a nadie, pero se detuvo.
Tal vez lo hiciera después, cuando se diera la vuelta, para poder broncearse mejor.
Evelyn llevaba unos cinco minutos tumbada al sol, cuando, de pronto, una sombra cayó sobre ella.
La joven abrió los ojos.

Un hombre se había detenido junto a ella y la observaba, con una desagradable sonrisa.
El tipo, de unos veintiocho años de edad, era todo un atleta. Alto, musculoso, con una gran fuerza.
La clase de hombre con el que sueñan todas las mujeres. Y Evelyn Fox era una de ellas.
¡Pero qué mujer!

De ahí que no tuviera inconveniente en devolverle la sonrisa a la puestodesconocida.
El tipo se tendió junto a ella.

—Hola—

dijo, simplemente, en inglés, aunque sin poder ocultar su acento francés.

—Hola—respondió Evelyn, levantando ligeramente la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Evelyn.

—Yo me llamo Alain.

—¿Cómo adivinaste que soy inglesa, Alain?

—Los ojos me lo dijeron.

—¿Tanto se me nota?—sonrió coquetamente la joven.

—Mucho—asintió Alain.

—Vaya.

—Devacaciones, ¿no?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Desde cuándo estás en Marsella?

—Llegué esta mañana.

—¿Habías estado antes aquí?

—No, es la primera vez.

—Entonces, no conoces Marsella...

—No; sólo sé lo que he leído sobre ella y lo que me han contado.

—Y tú te la enseñaré, si quieres.

—¿Tú vives en Marsella, Alain?

—Sí. Nací aquí, ya quisgo.

—Serás un buen guía, pues.

—Desde luego.

Evelyn se dio la vuelta, sujetándose con las manos las piezas superiores del bikini,

—¿Por qué no te lo quitas?—sugirió él.

—No, prefiero conservarlo.

—¿Eres tímida, Evelyn?

—No.

—¿Seguro?

Las carronas sonrisas de Alain picó un tanto a Evelyn, y la joven, sin pensárselo

Los ojos del francés, oscuros y penetrantes, se posaron en los hermosos senos de la

muchacha, y Evelyn captó un fugaz destello de admiración en la mirada de Alain.

—Posees un busto maravilloso, Evelyn.

—Gracias—sonrió la joven, halagada.

—Todo tu cuerpo es maravilloso.

—Eltú yotampoco estás nadando, ¿sabes? Alain rió y sugirió:

—¿Nos damos un chapuzón, Evelyn?

—¿Te apetece?

—Sí, mucho.

—Yoyamehedadouno, pero te acompaño con mucho gusto.

Se pusieron los dos en pie, y así, Evelyn con el pantalóncito del bikini, y Alain con

Eratodouno espectáculo over cómo saltaban los jóvenes y altivos senos de la bella

Evelyn y el aplomo francés se lanzaron al agua y dieron algunas brazadas, ale

De pronto, Evelyn se encontró entre los fuertes brazos de Alain, que la estrechó

—Alain...—

fue a protestar la joven, aunque muy débilmente, porque a ella le complacía que
Alain la besó en los labios, con pasión, y Evelyn no tardó en rodear el cuello de él.
¿Cómo iba a resistirse a un hombre joven, atlético, y hermoso como un dios?
Lo malo era que Alain, de Dios, sólo tenía la apariencia, el físico. Dentro de sumo
Y Evelyn Fox lo iba a descubrir muy pronto.

Jean-

Paul Brimont, veintisiete años de edad, moreno, de fuerte constitución, entró en

—Aquí tiene el informe, jefe—

dijo, dejándole el sobre la mesa de caoba.

Michel Leclerc, comisario de policía, un hombre robusto a complexión y ros

Empezó a leerlo. Sinning una prisa.

Jean-Paul Brimont carraspeó ligeramente.

—¿Puede marcharme ya, jefe?

—Cuando haya leído tu informe. El detective respingó.

—Eso le llevará tiempo, jefe.

—¿Qué prisatienes?

—¿Es que lo ha olvidado ya, comisario...?

—¿El qué?

—Que me marche de vacaciones.

—No, no lo he olvidado—

respondió Leclerc, sin mirarle en ningún momento a Brimont. Seguía leyendo
humo que una locomotora antigua.

Jean-

Paul Brimont se mordisqueó nerviosamente los labios, antes de preguntar

—No se habrá vuelto usted atrás, ¿verdad, jefe?

—

No, no me he vuelto atrás, Brimont. Pero espero que te vuelvas tú. El detecti

—¿Que me vuelva yo atrás...?

—Sí.

—¡Ni hablar!

El comisario Leclerc alzó los ojos y los clavó en el joven y eficiente detective.

—Teneceito, Brimont.

—¿Para qué?

—Para muchas cosas.

—Puede darme que recurrir a otro, porque yo me largo, jefe.

—Andamos escasos de personal, y tú lo sabes.

—

Ese es su problema, jefe. Y necesito un descanso, usted me prometió dos sema

—

No pienso romper mi promesa, Brimont. Si te empeñas en largarte, no te re

—Me empeño, me empeño.

—

No te pido que renuncies a tus vacaciones, Brimont, porque sé mejor que nadie q

—¡Y tanto que me las he ganado!

—Sólo te pido que las aplaces una semana.

—Nopuedo,jefe.

—¿Porqué?

—Yatengoelbilletedeavión.

—Esonoesproblema,sepuedecancelar.

—Sí,peroyonoquierocancelarlo.

DiolaimpresióndequeelcomisarioLeclercibaasoltaruntaco,pero,súbitam

—¿Dóndepiensasasartusvacaciones,Brimont?

—EnEspaña.

—¿Torremolinos...?

—Marbella.

—

Tequedasaquí,cambiamosla«s»deMarsellaporla«b»deMarbella,yescomosio

—Muygracioso—rezongóJean-Paul.

—Sóloeraunchiste.

—Yalosupongo.

—¿Noquiereshacermeestepequeñofavorquetepido,Brimont?

—

Losiento,jefe,peronopuedo.Elbilletedeaviónpodríacancelarse,peronolacit

—¿Estáscitadoconalguien?

—Sí.

—¿Conquién?

—ConCarmen.

—¿Sevilla?

—Otrochiste,¿eh,jefe?—gruñóJean-Paul.

Leclercsequitóelcigarrodelabocaparapoderreírsemásagusto.

—Nomenegarásqueestoymuyocurrenteestatarde,¿eh,Brimont?

—

Oh,sí,yalocreo.Perosuschistesnovanahacermecambiardeidea,comisario.E

ElcomisarioLeclercsepusoserio.

—Telodiré,Brimont.

—¿Elqué?

—Seestáociendoallogordo en Marsella.

—Ynohueleben,¿eh?

—Túlohasdicho.

—

Entoncesmealegrodemarcharme,porqueamínomegustanlosmaloslores.L

—Brimont...—mascullóroncamente.El detectivesonrió.

—Creíaqueibaatragarmela píldora,¿eh,jefe?

—¿Qué píldora?

—

Laqueacabadesoltarme.Esodequeseestáociendoallogordo en Marsella.L

—¡Escierto, Brimont!

—Quévaasercierto—rió Jean-Paul.

—¡Telojuro!

Eldetectivedijoadiósconlamanoasusuperior.

—LemandaréunapostaldesdeMarbella,jefe.

—¡Espera, Brimont!

—

YunafotoencuerosdeCarmen,paraqueadivineenquévoyaemplearlamayorparte.

—¡Brimont!

Eldetective,queyahabíaalcanzadolapuerta,hizocasoomisodelosgritosdesus.

—rugidos,másbien—

yabrió,decididoaabandonareldespacho,MarsellayFrancia.

Porelmomento,sinembargo,nopudohacerlo.Unamuchachalecerrabaelpasado.

Morena.Bonita.

Espléndidamenteformada...

Jean-

Paulleconcedióunosveintitrésañosdeedad,yestabaporjurarquelachicaeraigual.

—¿ComisarioLeclerc...?—

preguntóla joven,en francés,aunqueconacentoextranjero.

—No,yosoyeldetectiveBrimont.

—MinombreesSharonHager.

—¿DeseahablarconelcomisarioLeclerc,señoritaHager?

—Sí,porfavor.

—Paseusted.

—Gracias.

Lamuchachaentróeneldespacho,cuyapuertacerróJean-

Paul,quedándoseéldentrotambién.

EstoúltimohizosospecharalcomisarioLeclercqueaJean-

PaulBrimontlegustabalapreciosamorenita,porque,deotromodo,nosehubiera.

Podíaserunaimportantebazaajugar,yLeclerc,zorroviejo,sedispusoajugarlalo

mejorposible,paraversiconseguíaretenerenMarsellaasumejor detectivo.

—Acérquese,señorita.¿CómohadichoqueSELLAMA?

—Sharon;SharonHager—

repitiólamuchacha,aproximándosealamesa.

—OfréceleunasillaalaseñoritaHager,Brimont—

indicóelcomisario.Jean-Paulseapresuróaabedecer.

—Gracias—

lesonriósuavementelajoven,yse sentó,cruzandolaspiernas.

Comosuestido,frescoy ligero,estabaabierto por delantebuenapartedesus.

PaulBrimontydelpropio comisarioLeclerc.

Estevolvíaasentarseypreguntó:

—¿Enquépuedoservirle,señoritaHager?

—Unabuenaamigamíahadesaparecido,comisario—
informólamuchacha,entristeciéndose.

—¿Aquí?¿EnMarsella...?

—Sí.

—VayaporDios.¿Cómosellamasuamiga,señoritaHager?

—Evelyn;EvelynFox.

—¿Tienealgunafotoedeella?

—Sí,hetraídouna—

asintiólajoven,abriendosubolso.Extrajolafotografíayselatendióalcomisario.
Leclercloobservó.

—Esmuybonita—

comentó,ylepasólafotoaBrimont.Eldetectivelacontemplótambién.

—Sí,esunamuchachapreciosa—convino

—.Tantocomousted,señoritaHager.SharonHageragradecióelcumplidocon
ElcomisarioLeclercrogó:

—HáblenosdesuamigaEvelyn,señoritaHager.

—

SaliódeLondreshacetressemanas.Ledieronunmesdevacacionesydecidiópas

ElcomisarioLeclercyJean-PaulBrimontcambiaronunamirada.

SharonHager,cuyospreciososojoscolorcanelasehabíanhumedecidomien

—¿Labuscaránustedes,comisarioLeclerc?

MichelLeclercsedijoquehabíallegadoelmomentodejugarlaimportanteba

—Nohatenidoustedsuerte,señoritaHager.

—¿Quéquieredecir,comisario?

—

Brimonteselmejordemisdetectives,elmásinteligente,elmáseficaz.Conoceh

—¿Porquéno?—preguntólajoven,mirandoaJean-Paul.

—Semarchadevacaciones.

—¿Devacaciones...?

—

Sí,mañanaaprimerahora.AEspanña.AMarbella,másconcretamente.

—¿Ynopuedeaplazarsuviajeunosdías...?

—

No,imposible.TieneunacitaconunatalCarmen,unamujermuyguapaymuyca

¿Verdadquenopuedescancelartucitaconella,Brimont...?—

preguntóLeclerc,

conunbrilloirónicoen laspupilas.

El detective no respondió. Estaba serio.

Muy serio.

Sentí adeseos de estrellar supuño en la cuadrada mandíbula de su superior, pero

La culpalat enía él, por haberse quedado en el despacho. Debió largarse tan

¿Por qué no lo hizo?

¿Por qué se quedó a escuchar la historia de la bella morena?

Ahora estaba atrapado.

El zorro de Leclerc le había cazado. Y bien cazado, además.

¿Cómo negarse a buscarla de saparecida Evelyn Fox?

No podía deninguna de las maneras, y el astuto comisario Leclerc lo sabía.

Sharon Hager se puso en pie y dio un paso hacia Jean-

Paul Brimont, quedando muy cerca de él. Apenas le separaba un palmo.

—Detective Brimont, le pido, le ruego, le suplico que aplice uno de sus viajes de

vacaciones y el momento de encontrarse con esa hermosa española. Sé que no te

La muchacha no pudo seguir hablando.

Sus ojos se hallaban ya anegados de lágrimas, sentía como un nudo en la garganta

Casi no se daba cuenta, se abrazó al detective y lloró sobre su hombro, mojando

Jean-

Paul rodeó con sus brazos a la estrecha cariñosamente contra su pecho.

—

Cálmese, Sharon. El comisario Leclerc sabe cuánto le tienta tener que aplazar

La joven levantó la cabeza y lo miró.

—¿De veras lo hará...?

—Seloprometo—sonrió el detective.

Sharon Hager, impulsada por su alegría, besó en la boca a Jean-

Paul Brimont.

¡Y cómo lo besó!

Casi lo dejó aturulado.

El comisario Leclerc rió y se llevó el cigarro a la boca, visiblemente satisfecho.

EvelynFoxlloraba,echadasobrelacama.

Ellamismasesorprendíadequesusojoscontinuasenderramandolágrima.
Habíalloradotantoenaquellossietedíasdecautiverio,dedolor,dehumillac
¿Ydequéleservíallorar?Denada.

Ellaseguiríapresaenaquellamalditahabitación,sensualmentedecorada,la

Nopodíaescapar.

Susuerteestabaechada.

¿Suerte...?

LoslabiosdeEvelynFoxsetorcieronenacentuadamueca,mientraslaslágrin

Esopensóellasietedíasantes,cuandoconocióaldiabólicoAlainenlaplaya,q

Ylomismohubierapensadocualquiermuchachaquehubiesepodidodisfrut

Evelyndisfrutó,perosólounaspocashoras.

Empezóadisfrutarenlaplaya,mientrasebañaban.

Alainnosecansabadeabrazarla,debesarla,demordisquearsuslabios,sucue

Evelynsesintiómuyexcitadaporlosbesosylascariciasdelatractivo francés,yd

Alainlacomplació,sinqueeillaselopidiera.

Abandonaronlaplaya,enelMinideEvelyn,conducidoporel francés,quienmir

Unampliojardínlaaislabadelasdemáscasas.

—¿Vivesaquí,Alain?—habíapreguntadoEvelyn.

—Sí—respondióél.Salieronlosdosdelcoche.

Alainpulsóeltimbre,tocandounaespeciedecantinela.Parecíaunaseñalconve

Yrealmenteloera.

LaingenuadeEvelyn,sinembargo,nolosospechó.

NisiquieraleextrañoqueAlainnoabrieraconsullave,quehubierasidolológico

Noerasucasa,claro,segúnsupoEvelyndespués,cuandoyaeratardeparavolve

Lapuertafueabiertaporunamujertaydelgada,yaentradaenaños,decabello

blancos y espectores respetable, quien son rió cariñosamente a Alain. El francés le di

—

Hoy tendrás que poner un cubierto más en la mesa, tía. Tenemos una invitada. La

—Será un placer, Alain—

respondió en francés, porque él también le había hablado así. Tía y sobrino no ha
Alain cogió del mano a Evelyn y la hizo entrar en la casa. El vestíbulo era amplio y

Alain condujo a Evelyn hacia la escalera que se veía al fondo, subieron por ella y

Evelyn fue a decir algo, pero el francés no le dio tiempo.

Empezó a besarla, a abrazarla, a desnudarla entre hábiles caricias.

No había mucho que quitar, pues la muchacha llevaba solamente subatadeba

Evelyn estuvo completamente desnuda en un instante.

Alain, que llevaba una camisa y el pequeño bañador, se desnudó también, con

Hicieron el amor.

Largamente y apasionadamente.

Evelyn disfrutó como jamás había disfrutado con un hombre, porque el franc

Alain también gozó de la juventud y belleza de la muchacha inglesa, de la cual

Evelyn lo miró, mientras se ponía el bañador y la camisa. Había descan

A ella le hubiera gustado que Alain hubiese permanecido algunos minutos ab

—Alain...—musitó Evelyn, inmóvil sobre la cama.

—¿Qué?

—¿Por qué te has retirado así, de ese modo tan brusco?

El francés la miró con peligrosa frialdad.

Con dureza, casi.

—Se acabó la farsa, muñeca.

—¿Cómo?

—Todo forma parte de un plan, ¿sabes?

—¿Plan?... ¿Plan para qué?

—

Esto es un prostíbulo, nena. Aquí vienen los hombres y pagan por estar con las mu

Evelyn Fox sintió que se le helaba la sangre en las venas.

¡Unprostíbulo!

¡Sehallabaenunprostíbulo!

¡Habíacaídoenmanosdeunexplotadordemujeres!

¡Deunchulo!

¡Deunsersinescrúpulos!

Instintivamente, Evelynbrincódelacamayrecogiósubatadebañodelsue

Alainlaagarróconsusvigorososbrazosylatiró6obrelacama.Evelyn,ater

Elfrancéslediounpardebofetadas.

—¡Es inútil que grites, preciosa! ¡Nadie te oirá!

¡Tuschillidos nopueden traspasar las acolchadas paredes!

Evelyn rompió a llorar amargamente.

Fueron sus primeras lágrimas en aquella habitación, que iba a ser una especie

Alain la abofeteó de nuevo con dureza, haciéndola sangrar por la boca.

—¡Basta de lori queos, primor!

¡A los clientes no les gustan las chicas que tienen los ojos enrojecidos e hinchados

¡Las quieren alegres y sonrientes!

Como la joven siguió gritando y llorando desconsoladamente, el traficante d

Cuando lo reconoció, ayudado por los zarandeos de Alain, vio que había alguien

Alguien cuyas sola presencia llenó de terror a Evelyn. Se trataba de un negro.

Un negro con casidos metros de estatura y un pecho descomunal.

Su única vestimenta era un reducido pantalóncito de piel de tigre, lo cual le pe

Para impresionar a un más a la muchacha, lo tensó, haciéndolo aumentar

—
El negro se llama Stanko, y es el guardián del prostíbulo. Él se encarga de que los c

Y Evelyn Fox no tuvo más remedio que resignarse.

No quería que el musculoso negro la tomase por su cuenta.

Aquel mismo día, la infortunada Evelyn fue poseída por cinco hombres.

Cuando el primero de ellos entró en la habitación, se quitó la ropa, y se le echó e

cara, de gritar como una loca.

Perón lo hizo.

El pensar lo que el gigante Stankó habría con ellas no se mostraba dócil y con-

Con los otros tipos no fue mejor.

Y, con el último de ellos, aún fue peor.

Sí, porque resultó ser el desagradable recepcionista de El Pato Gris, el modesto

El tipo se llamaba Marcel, y era amigo de Alain. Amigo... y colaborador.

Cuando su hotel llegaba una muchacha bonita, de cuerpo esbelto y atractivo,

extranjera, y sin compañía, Marcel telefoneaba inmediatamente a Alain y éste se

Así había sucedido con Evelyn.

Marcel, por cada chica que caía en las redes de Alain, recibía una nada despreciable

Ya que la misma noche, el cerdo de Marcel había querido gozarse a la pata de

De mil maneras distintas.

Para Evelyn fue un continuo tormento, un verdadero martirio, pues el recepcionista

El Pato Gris era un auténtico maníaco sexual.

Y como la muchacha no podía negarse a nada, porque el puerco de Marcella no

Evelyn quedó tan apegada a él que el primer día de cautiverio, después de

Era la única manera de escapar de aquello, de dejar de ser una bestia de placer, de

sufrir, de soportar humillaciones y someterse a actos aberrantes, que la degradaban

Sin embargo, los días iban pasando y Evelyn, firmemente decidida ya a acabar

Y eso no era de extrañar, pues Alain, que había perdido a algunas de sus chicas por

—el suicidio—, tomaba sus precauciones para no perder a ninguna más.

Jean-PaulBrimontparpadeó.

—¿Siempreagradeceasílosfavoresquelehacen,Sharon...?

SharonHagerenrojacióhastalaraízdesusnegroscabellosyseapresuróasepa-

—

Disculpeme,detectiveBrimont.Mehaalegradotantoelsaberquevaaencargar

Jean-

Paulextrajosupañueloysecóconéllosojosylasmejillasdelaatractivamuchacha

—Notieneporquédisculparse,Sharon—

repuso,conunasuavesonrisa—.Anadieleamargaundulce.

—¿Dulce...?

ElcomisarioLeclercsequitóelpurodelabocayexplicó:

—

Brimontquieredecirqueaningúnhombrequeloseadeverdadlepuedemolestar

¿Meequivoco,Brimont...?—mirósocarronamentealdetective.

Jean-Paulledijoalgoconlosojosasusuperior,quehubierasonadomásbienfeoy

respondió:

—

No,noseequivoca,comisario.SharonHagerseturbóvisiblemente.

—Sonustedesmuyamables,comisarioLeclerc.Losdos.

—Jean-

Paulloesmás,yatendráustedocasióndecomprobarlo,señoritaHager.Escapa

—Yabasta,comisario—mascullóeldetective.

—Sieslaverdad,Brimont—rióLeclerc.Jean-

Paultomódelbrazoalamuchacha.

—

Vámonos,Sharon.CuantoantesempecemosabuscarasuamigaEvelyn,máspre-

—Tieneustedrazón,detectiveBrimont.

—LlámemeeJean-Paul.

—Sí,esmásíntimo—sonrióLeclerc.

—Jefe...—mascullódenuevoBrimont.

—Noteentretengasmás,muchacho—apremiósusuperior.

Jean-

Paulsoltóungruñidovtiródelajoveninglesa,sacándoladel despachodelcomis

SharonHagercomentó:

—EsmuysimpáticoelcomisarioLeclerc,¿verdad,Jean-Paul?

—¿Simpático,dice...?—

exclamóeldetective,queyaseestabaponiendolachaqueta.

—¿Noopinaustedigual?

—¡No!

—Bueno,noseenfadeconmigoporeso—

rogó tímidamente lamuchacha,ysemordióellabioinferior.

Jean-Paulsoltóotrogruñido.

—Nomeenfado con usted, Sharon, sino con él.

—¿Nole cae bien el comisario?

—Meca fatal.

—¿Desiempre... o desde hoy?

—¿Por qué dice eso?

—Tengo la sensación de que le tendió una trampa, y usted cayó en ella.

¿Meequivoco, Jean-Paul?

El detective suspiró.

—

No, no se equivoca, Sharon. El comisario Leclerc intentó portodos los medios que

—Y millegada lo estropeó todo, ¿no?

—Puede decirse así.

—El comisario Leclerc me utilizó para tenerle a usted en Marsella.

—Exacto.

—¿Por qué nos enegó?

—No pude.

—¿Sintió pena por mí?

—

Mucha. Además, me lo pidió usted de un modo que... Un o no es de piedra, Sharon

L a joven le cogió el brazo y se lo oprimió suavemente.

—Lo siento, Jean-Paul.

—Olvídelo. Lo importante es encontrar a su amiga Evelyn.

—

Y cuanto antes, para que pueda usted volar a España y reunirse en Marbella con la

El detective sonrió.

—¿Promete guardarme un secreto, Sharon?

—Prometido.

—No existe la tal Carmen.

—¿No...?

—

Bueno, seguramente existirán muchas en España, claro; pero yo no conozco a ni

¿eh? Como actriz y como mujer.

—Desde luego —rió Sharon, divertida.

—Bueno, vámonos ya.

—Espere que coja mi maleta.

—¿Maleta...?

—

Sí, esa que llade allí. Vire directamente a la comisaría, en un taxi, sin entretenerse

¿Cuál me recomienda usted, Jean-Paul?

—El mío.

—¿Vive usted en un hotel...?

—

No, vivo en un apartamento. Y en él se alojará usted. La muchacha se puso en

—¿Pretende usted cobrarse el favor con algo más que un beso, Jean-Paul?

—Usted lo ha dicho—sonrió el detective.

—¿Y si me niego a alojarme en su apartamento?

—Melargo a España.

—Suponía que me amenazaría con eso.

—Esmi mejor baza, Sharon.

—No es una baza, es chantaje.

—No me gusta la palabra.

—Pero es la que mejor define sus sucias intenciones.

—¿Por qué las llamas sucias?

—Porque los son.

—Me parece que se está precipitando usted, Sharon.

—Está claro que piensa aprovecharse de mí, Jean-Paul.

—Le he ofrecido alojamiento gratis.

—Y un cama.

—También.

—Que tendré que compartir con usted.

—Sólo si usted lo desea.

—

Ya un buen rato lo desea. Si me niego, me amenazará con largarse a España...

—Yo jamás haría eso.

—Y a lo ha hecho.

—No es verdad.

—

Dijo que se largaría a España si yo me negaba a alojarme en su apartamento.

—Pero no me mencionó para nada la cama.

—No es necesario, la ve reflejada en cada uno de sus ojos.

—¿De veras?

—Sí, no puede disimular que desea acostarse conmigo.

—Desearlo es una cosa, y obligarlo a ello, otra muy distinta.

—

Me obligará, lo sé. Admitió que pretendía cobrarse el favor con algo más que un b

—Y así es. Pretendo cobrarle el alojamiento de su compañía.

—Demé cuerpo, dígalole claro de una vez.

—Bueno, ya que se empeña, tal vez lo haga—sonrió Jean-Paul, y cargó con la maleta de la muchacha—. ¿Nos vamos, Sharon?

—Cuando quiera, chantajista—

rezongó ella, ceñuda. El detective, riendo, la tomó por el codo y la llevó hacia la p

Frente a la comisaría se hallaban estacionados varios coches; entre ellos, el de Paul Brimont, un Citroën oscuro, modelo Tiburón.

El detective puso la maleta de Sharon Hager en el asiento trasero, y luego él y la

El vestido de la joven se abrió, obligándola a mostrarse sus bellos y sedosos muslos.

Paul.

Sharon, dándose cuenta de ello, preguntó:

—

¿Va a meterme ahora, señor detective, o podrá aguantar hasta que llegue?

Jean-Paul sonrió y accionó la llave de contacto.

—Tardaremos un momento en llegar al apartamento, Sharon.

—¿Por qué? ¿No vamos directamente allí?

—No, vamos a buscar a Evelyn—

respondió el detective, justo en el momento en que el coche arrancaba.

Lamuchachase mordió los labios.

—¿Por dónde piensa empezar, Jean-Paul?

—¿A meterle la mano? Sharon apretó los dientes.

—A buscar a Evelyn.

—Por los hoteles.

—Perderemos el tiempo, porque es obvio que no está en ninguno de ellos.

—

Seguro que no. Pero en alguno debió alojarse, cuando llegó a Marsella. Es lo primero.

—De acuerdo, busquemos en los hoteles—rezongó Sharon.

—Pero olvídese de los de una cierta categoría, ¿eh?

—¿Por qué?

—

Evelyn se alojaba en hoteles modestos, para que no se acabase el dinero antes de

—Entiendo.

—Poco gastamos, ¿eh? Hoteles sencillos, agradables y limpios.

—Muy bien—sonrió el detective.

Jean-

Paul Brimont y Sharon Hager habían estado ya en un adocenado hotel de

Jean-

Paul y Sharon descendieron del Tiburón y entraron en el hotel. Marcel, el recepcionista,

—¿Desearían una habitación los señores...?

—No, amigo. Sólo sabersi estajovenestuvo aquí hace cosas de una semana

—respondió el detective, mostrándole la foto de Evelyn Fox.

Marcel cabeceó afirmativamente.

—Sí, estuvo aquí. No recuerdo su nombre, pero sí su rostro.

—Evelyn Fox.

—Exacto. Evelyn Fox—cabeceó de nuevo el recepcionista

—. Con ese nombre se registró.

Jean-

Paul y Sharon cambiaron una mirada, la de la joven llenada de ansiedad. El detective

—¿Qué día se registró exactamente?

—Lo miraré en el libro—

sonrió Marcel, sacándolo de debajo del mostrador. Lo abrió, pasó unas hojas, y

—

Sí, aquí está. Hace justamente siete días. Por cierto, que sucedió algo muy curioso

—

volvió a sonreír el recepcionista.

—¿A qué se refiere?—preguntó Jean-Paul.

—

Verán, la muchacha llegó sobre las diez y media de la mañana, en su coche, un Mini

—mintió descaradamente el zorro de Marcel, con mucha naturalidad.

Era un magnífico actor, desde luego.

Jean-

Paul Brimont y Sharon Hagervolvieron a mirarse. El recepcionista preguntó:

—¿Son ustedes amigos de Evelyn Fox?

—La señorita lo es—respondió Jean-Paul—. Yo soy policía.

—¿Policía...?—parpadeó Marcel.

—Sí.

—¿Acaso Evelyn Fox...?

—

Hades aparecido. Desde el día que estuvo aquí no se ha sabido nada de ella

—

informó el detective.

—Cuánto lo siento. Era una muchacha tan bonita y tan simpática...

—

La encontraremos, no se preocupe. Supongo que Evelyn no mencionaría el nombre
¿verdad?

—No, no lo mencionó.

—Tampoco dónde vivía...

—Tampoco.

Jean-Paul suspiró.

—Gracias por la información, amigo.

—No hay de qué—sonrió el recepcionista. Jean-

Paul y Sharon abandonaron el hotel.

Marcel esperó unos minutos y luego descolgó el teléfono.

Jean-

PaulBrimontySharonHagerhabíanentradoenelcochedeldetective,peroéste

Tantoélcomolamuchachaestabanreflexionandosobrelainformaciónquel

SharonHager,conlosojoscasiennlanto,murmuró:

—Teníayorazón,Jean-

Paul.EvelynnoenmudeciópersugustoalllegaraMarsella.Estetipoqueconoci

—

¿NoseráquesuamigaEvelynestáviviendounmaravillosoeintensoromanceco

—observóeldetective.

Sharonmoviólacabeza.

—No,Jean-

Paul.ConozcobienaEvelyn,ysideverasestuvieseviviendounromanceconese

Comolaslágrimasresbalabanyaporlasmejillasdelamuchacha,Jean-

Paulsacósupañueloyse loofreció.

—Séqueselosojos.

—Gracias.

—

Opinocomusted,Sharon.Evelynhasidosecuestrada,peronoparagoceexclus

¿sabe?

Lamuchachalomiró.

—¿Paraqué,entonces?

—Sospechoqueparaexplotarla.

—¿Explotarla...?

—

Evelynesjoven,bonitaybienformada.Algunoshombres,muchos,pagantoday

Sharonsintióunescalofrío.

—

¿PiensaustedqueEvelynestásiendoobligadaacomplaceraesaclasedehombr

—

Metemoquesí,Sharon.Latratadeblancasesalgoquetodavíaexiste,pordesgra

SharonHagersecubrióelrostroconlasmanosy sollozó.

—No, Diosmío, esono... Evelyntrabajandocomoprostituta, no.
¡Seríaespantoso! Jean-Paullacogióporloshombros, consuavidad.

—
Nollore, Sharon. Talvezyoestéequivocado, ynoseaéseelcasodesuamiga Evelyn.

Lamuchachacontinuósollozando.

Eldetectivele cogiólasmanosylaobligóaretirarlasdesurostro.

—Dejedellorar, selosuplico. Esonoayudaa Evelyn.

—Sí, tienerazón—

musitó Sharon, ysesecólaslágrimasconelpañuelode Jean-Paul.

—
Encontraremosa Evelyn, seloprometo. AunquetengamosqueregistrarMarsella
Lajovenlomiróalosojos. Fijamente.

—Medesconciertausted, Jean-Paul.

—¿Porqué?

—
Lomismopareceunmultipoqueunaexcelentepersona. Eldetectivesonrió.

—Nosepuedeserlasdoscosasalavez, Sharon.

—
Yaséqueno. Poresomegustaríasabersieslomujeratractivaydeseable.

—Saldrádedudasestanoche—aseguró Jean-

Paul, ypusosucocheenmarcha.

—¿Adónde vamos?—preguntó Sharon.

—Al Barrio Chino—respondió el detective.

Minutos después y con claros gestos de extrañeza, Sharon Hager preguntaba:

—¿Esto es el Barrio Chino...?

—Sí, estamos en él—asintió Jean-Paul Brimont.

—No me lo imaginaba así. El detective sonrió.

—

Supongo que no. Ustedes esperaba en contrareloj el antiguo Vieux Port, su viejo lugar.

—Pues, sí.

—

Aquel famoso Barrio Chino ya no existe, Sharon. Desapareció durante la Segunda Guerra Mundial. Fue destruido por los alemanes. Dinamitado.

—¿Dinamitado...?

—Sí.

—¿Por qué?

—

Al producirse la ocupación de Francia por los alemanes y la división del país en dos zonas, las vidas de los parisinos se vieron afectadas. Los alemanes querían liberar a Francia de los comunistas, lo que fue un error. Los alemanes querían liberar a Francia de los comunistas, lo que fue un error.

Jean-Paul Brimont hizo una breve pausa y continuó:—

Un buen día, las autoridades alemanas dieron la orden de que el Barrio Chino fue

El detective hizo otra pequeña pausa y prosiguió:—

Aquel antiguo y legendario Barrio Chino dejó, pues, de existir. Aunque ha sobre-

quehasucedidoenotrasmuchasciudadesdelmundo.

—¿SospechaustedqueEvelynpuedehallarseaquí,Jean-Paul?—
preguntóSharon

Hager.

—
Es posible. Recorreremos el barrio, preguntaremos por ella en los bares, en los ca-
teases... Si Evelyn está aquí, daremos con ella, Sharon.

Lajoven sonrió con su avidad.

—Dios lo quiera, Jean-Paul.

Evelyn Fox se estaba poniendo la bata.

Un abatacaray brillante, que le había comprado Alain Dantan el mismo día en que

Evelyn se ató el cinturón y se sentó en la cama.

Unacamaque hacían sólo a nosotros los segundos había abandonado, después de satis-

El tipo yase había marchado, muy complacido, asegurando que volvería muy pronto.

Gozaban muchísimo con Evelyn, aunque ella no gozase en absoluto con ellos, por-

El más repugnante de todos, seguía siendo Marcel Golay, el recepcionista de El P-

Gris.

El también había vuelto. El tercer día y el quinto.

Como aquí era el séptimo, Evelyn temía verlo entrar de un momento a otro en la

Sólo dependía de él, al joven se le erizó la piel, y pidió al cielo que el cerdo de Marcel

Prefería complacer a tres o cuatro hombres más, antes que satisfacer a aquellas que

De pronto, la puerta se abrió.

El corazón de Evelyn dejó de latir por un instante, pues la muchacha pensó que

Peronofue él quien entró en la habitación, sino Alain Dantan, su «amo». Ella

—¿Qué tal, preciosa? Evelyn no respondió.

Miraba con extrañeza al francés, pues era la primera vez que la visitaba den-

solíahacerlodedía.Porlasmañanas,másconcretamente.Despuésdelbañodía
Resultabahumillante,pueselnegronosóloestabapresentemientraslachica
Stankoteníaaordendenodejarsolaaningunadelaschicas,cuandolashacíasa
Ledivertía,además,verbañarsealasmujeresdelprostíbulo.Yootro,aún
Evelynnlohabíavistosonreírmuchasveces,mostrarsusgrandesyblancosdie
LoquetodavíaonhabíahechoStankoconEvelynn,eraponerlelasmanosencin

Onolegustabanlasmujeres,oesqueAlainDantanseloteníaterminantemente

prohibido.

Encualquiercaso,Evelynnsealegraba,porquenodebíadesermuyagradablev

AlainDantanseacercóalacamaysesentójuntoaEvelynnFox,cuyoshombrosrodeó

paternalmenteconsu brazo, antes dedepositar unsuave beso en lamejilla dela

—¿Nomedicesnada,encanto?

—Notegustaría—rezongóEvelynn,sinmirarle.

Lamanodelfrancésseposósobrelasmuslosdelamuchachainglesa,buscandola

Evelynnoprotestó,porqueprotestareraigualabofetada,yelfornidomarsellés

Alainleacariciólosmuslos,muysuavemente,alcanzandoinclusolacaderayelsedoso

velloquepoblaba supubis.

Evelynnopudoevitarunligerostremecimiento.Alainsonrió.

—Tegustaqueteacaricié,¿verdad?

—No,nomegusta.

—Eldíaquenosenocimosgozastecomounaloca.

—Entoncesnosabíalaclasedehombrequeeras.Alainrió.

—

Esonotienenadaquever,primor.Lasmanosquetehicieron tiritardeplaceraqu

Evelynnvolvióaestremecerse,porquelamanodelfrancéssehabíaabierto pasop

Lajovenseenfureció consigo misma, como siempre que Alainacudíaasuhabita

Hubieraqueridonosentirningúnplacercuandoéllabesaba,laacariciabaylapo

Sucerebrorechazabalascariciasdelmarsellés,perosucuerpolasacusabadeun

formatan clara, quedena daservía que ellanegara quedisfrutabaensusobligad
Elsedabacuenta, claro, y eso era lo quemás enfurecía a Evelyn, pues odiaba aque
Laotramanodel francés sedeslizó porelescotedelabatayacarició lospechos
Evelyn sepusomuynerviosa, pues sentía crecersu excitación pormomentos
Bruscamente sepusoenpie, sedesató elcinturón, y sedespojó delabata, qued

—
Si has venido a poseerme, hazlo pronto y lárgate. Tu presencia me pone enferma

Alain la miró con una frías onrisa en los labios.

—¿Tienes algo más que decir, nena?

—No.

—Entonces, hablaré yo—

suspiró el francés, irguiéndose cansinamente.

Todavía no tenía el cuerpo totalmente recto, cuando ya su mano derechasee

Labo fetada, tremenda, sonó como un latigazo. Evelyn dio un grito y se derr

Alain se inclinó sobre ella y la agarró del pelo, dándole un feroz tirón.

La muchacha chilló y agarró consigo dos manos del marsellés, porque él segu

Alain le dio otro abofetada, ahora con la zurda.

Y, no contento con el par de furiosos golpes y lossalvajestirones de pelo, el fran

Un alarido de desgarrador brotó del agargantado Evelyn.

Alain sí se dio por satisfecho ahora, y soltó el cabello y el pecho del ad esgraci

Alain volvió a sentarse en la cama, tranquilamente, y dijo:

—
Y o poseo a mis chicas cuando me apetece, rabia, no cuando ellas me lo piden. Y en

¿verdad?

Pues ya ves que estaba equivocada. He venido porque me ha telefonado Marce

¿Se habría quejado de ella a Alain...?

¿Habría decidido éste castigarla...?

¿Le mandaría a Stanko, para que el negro la golpee y luego la violase...?

Tal fue el terror que sintió la muchacha, que se olvidó delomuchoque le dolía el se

—Siempre he hecho todo lo que Marcel me ha pedido, Alain, te lo juro.

—José, preciosa—sonrió el francés.

—¿Por qué te ha llamado, entonces?

—
Para decirme que una amiga tuya te anda buscando por la ciudad, acompañada

policía.

Evelyn pestañeó.

—¿Una amiga mía...?

—

Morena, bonita, con una figura espléndida... Evelyn respingó en el suelo.

—¡Sharon!

—Se llama así, ¿eh?

La joven no respondió.

—¿Sharon qué? —interrogó Alain.

Como Evelyn siguió callada, el marsellés alargó su mano hacia ella y amenazó:

—¿Quieres que te estruje el otro pecho?

Evelyn se hizo atrás, atemorizada.

—Sharon Hager... —informó, con débil voz.

—¿Cómo sabe ella que estás en apuros?

—

Todos los días le mandaba una postal de la ciudad en donde en ese momento me ha-

—Pues no te hagas ilusiones, preciosa. No te encontrará. Ni la policía tampoco. Esta

casanoparece lo que es, los clientes entran y salen con muchas precauciones. Na-

Evelyn tuvo que reconocer que eso era verdad, el aspecto exterior de aquella ca-

Alain se puso en pie y ordenó:

—

Ponte la bata y sécate los ojos. Hay un par de clientes esperando. Evelyn no be-

Cuando la vio con la bata puesta y los ojos secos, Alain Dantansalió de la habi-

empezó a quitarse la ropa con rapidez, los ojos fijados en el cuerpo de la muchacha.

Evelyn Fox sintió deseos de llorar.

El tormento se reanudaba para ella...

Jean-

PaulBrimontySharonHagerseguíanrecorriendolas callesdelahoramoderna del Barrio Chino en Marsella.

El detective había preguntado ya en varios bares, cafés y clubs nocturnos, mo-

Como el tiempo iba pasando, y lo se-
stó magos de Jean-

PaulBrimontySharonHagerreclamabanalgúntipodealimento, el detective pi-

Saciadosu apetito, reanudaron la búsqueda de Evelyn Fox.

Jean-

PaulySharonentraron en El Gallo Colorado, uno de los cabarets más populares de

En consecuencia, era también uno de los locales de diversión más peligrosos, y

Portodo ello, Jean-

Paulhabía aconsejado a Sharon que se quedase en el coche, con las puertas bien

Con respecto a los números más audaces, Sharon dijo que ella era mayorcita y

podía presenciar cualquier espectáculo, por atrevido que fuera.

De hecho, en Londres había presenciado unos cuantos.

Y los espectáculos que podían verse en los clubs nocturnos londinenses no se

Jean-

Paulno lo discutió, porque él había estado en Londres en un par de ocasiones y sa-

Las luces del local eran rojizas, muy tenues, y casi había que encender el mechero

less, atendían a los clientes, exhibiéndose en el menor pudor sospechosos, sustrase

En aquel momento y bajó la luz de un par de reflectores, en el escenario tenía lu-

Jean-

PaulBrimont, llevandodela mano a SharonHager, caminó hacia el bar, para em-

Depronto, la muchacha británica dio un gritito y un fuerte respingo, ambas cosas a la

vez.

Y ambas plenamente justificadas.

Sí, porque unamano anchayvelludase había introducido veloz como un aser-

La reacción de Sharon Hager no se hizo esperar.

Conlacaramásrojaquelaslucessellocal,serevolvióysorprendióaltipoque
—¡Tome,socerdo!—rugiólajuven,ysinqueJean-
PaulBrimonttuvieratiempodeimpedirlo,leestrellóelbolsoenlacaraalautord
Eltipoaulló,porqueelbolsazo,realmentefuribundo,machacósusnaricesys
ComoloqueSharonlehabíallamado.Yelfulanoloera.
Suacciónnodejabalugaradudas.
Elbolsazodelamuchacha,sinembargo,ibaatraerconsecuencias.
¡Yquéconsecuencias!
Elsujetodelrostroangrantebrincódesusilla,tanllenedolorcomodefuria
Yélsabíamejorquenadiequesetratabadeunamujer,porqueacababadecom
Peroeltipo,ciegedeiraydedolor,nopensabaponerexcusaalguna.Sóloquería
cobrarseelbolsazo,sintenerencuentaqueélselohabíaganoapulsoconsu
AfortunadamenteparaSharonHager,Jean-
PaulBrimontimpidióqueelencolerizadoindividuolagolpeara,frenándoloco
Bueno,eldetectivehizoalgomásquefrenaraltipo,pueséstesaliódespedidol
Estosquisieronvengarasucompañero,yatacaronlosdosalavezaJean-
PaulBrimont.Apartirdeahí,losacontecimientosseprecipitaron.
Jean-
PaulBrimontnotuvomayoresdificultadesparadesembarazarsedelosdoscom
Eldetectivesevioobligadoarepartirgolpesadiestroysiniestro,recibiendoa
SharonHager,porsuparte,volteabasubolsounayotravez,destrozandonarices,
partiendolabios,hinchandoorejas,yponiendoaalgúnqueotroojonegro.
Elquehubiesemuypocaluzenellocal,noeraobstáculo.
Lamuchacha,ondeponíalamirada,poníaelbolsounafraccióndesegundode
—¡Alricobolsazo!—gritaba,entusiasmada.
Lodecíaeninglés,perotodoelmundolaentendía.Comouníalaacciónalapalab
Lascamarerasdelcabaretloestabanpasandomal,comosiemprequeunapelea
Enrealidad,laspeleassegeneralizabanporeso.Aríorevuelto,gananciadepesc
Lospescadoreseranlosclientes,claro.Lapesca,lascamarerasdellocal.

Lamayoría de ellas estaba en el suelo, sin los *topless*, arrancados por los hombres que habían saltado sobre ellas como fieras salvajes. Algoparecidosucedía con las dos mujeres que, en el escenario, sobre una especie de escenario. Algunos clientes habían caído sobre ellas al poco de iniciarse la pelea, y todos corrieron. Se acabó el lesbianismo.

El número, ahora, era de hombre y mujer. Sí.

Las dos artistas estaban siendo violadas en el escenario. Una, sobre el canapé; la otra, en el escenario.

Los hombres se ponían en cola, como si fueran a sacarse una entrada para el teatro.

Los músicos habían dejado de tocar, y el trompetista, sin ningúndisimulo, se puso a tocar.

El que tocaba el saxofón se apresuró a imitarle. Y el batería.

Y el pianista.

Las lesbianas no lo sabían, pero iban a ser violadas por todos los miembros del coro.

Alomejor, después de aquello, dejaban de ser lesbianas. Si le tomaba gusto.

Jean-

Paul Brimont, en vista de que la pelea no remitía, agarró del brazo a Sharon.

Hagery tiró de ella.

—¡Salgamos de aquí, Sharon!

—¡Sí, esto es un infierno!—

dijo la muchacha, que acababa de arrearsubolsa con número catorce.

El detective había repartido diecinueve puñetazos, y todavía tuvo que dar cuatro.

Y, Sharon, otros tres bolsazos.

Pero consiguieron salir de El Gallo Colorado, que, tal y como se habían puesto,

Jean-

Paul Brimonty Sharon Hager entraron precipitadamente en el Citroën, que el de

Mientras lo conducía por las calles del moderno Barrio Chino de Marsellés, Jean Paul rezongó:

—Buena la armó usted, Sharon.

—¿Yo...?—exclamó la muchacha.

—¿Por qué le arreó el bolsazo a aquel tipo?

—¡Me pellizcó, el muy puerco!

—¿Tan importante le da a un simple pellizco en el trasero?

—¡No fue en el trasero!

—¿Ah, no...?

—¡No!

—¿Dónde le pellizcó?

—¡Entre los muslos!

—Vaya, eso es más serio.

—¡Y tan serio!

—Debió quedarse en el coche. Y le advertí que El Gallo Colorado es un local muy pe

—¿Cómo iba yo a suponer que usted se atrevería a...?

—En ese caso, usted puede suceder de todo.

—¡Y sucede!

¡Vicon mis propios ojos cómo un cliente violaba a una de las camareras de bajode

¡Y en ese escenario había un follón...!

—Debí de estar violando a la pareja de lesbianas también.

—¡Seguro, porque los hombres tenían los pantalones bajados!

—Dé gracias que ninguno intentó violarla a usted.

—¿Lo hubiera permitido usted, Jean-Paul?

—No, claro que no. La muchacha sonrió.

—Es usted muy bueno peleando, Jean-Paul.

—Pues usted, con el bolso, tampoco es manca. Sharon rió.

—Hicelo que pude.

—Pues hizo mucho—rió también el detective.

—¿Vamos a seguir recorriendo el Barrio Chino, Jean-Paul?

Brimont consultó su reloj.

—Es ya muy tarde, Sharon. Creo que debemos irnos a casa. Mañana, temprano,

reanudaremos la búsqueda de su amiga Evelyn. Iremos a la playa y mostraremos

¿Está de acuerdo?

La joven asintió con la cabeza.

—Sí, Jean-

Paul. Los dos estaban cansados y tenían sueño. Suspendamos la búsqueda ha

ElapartmentodeJean-

PaulBrimonterasencilloysehallauntantodesordenado,peroaSharonHage

El,mirándolaconextrañeza,repuso:

—¿Bromea,Sharon?

—¿Porquéibaabromear?

—

Esunapartmentovulgarycorriente,ylotengosiemprehechoundesastre.

—Senotalafaltadeunamujer,desdeluego.

—Mucho.

—¿Porquénosecasa?Esosolucionaríasuproblema.

—Peromecrearíaotros.

—¿Comoporejemplo...?

—Lafaltadelibertad.

—Legustaserlibrecomounpájaro,¿eh?

—Sí.

—Yvolardeunamujeraotra.

—Sí.

—Esustedunsinvergüenza,Jean-Paul.

—Yustedunajovenmuyatractiva,Sharon—

repusoeldetective,enlazándolaporeltalle.

—Llególahoradesalir dedudas,¿no?

—¿Cómo?

—Quellególahoradesabersiesustedunmaltipoo unabuenapersona.

—Sí,metemoquesí—sonrióJean-

Paul,ylabesó cálidamente en loslabios.LosdeSharonnodevolvieronlacaricia.

Eldetectivelamiróalosojos.

—Lemostraré lacama,Sharon.

—Sí,hombre,nopierdaeltiempo.

Jean-

Paullatomódelbrazoylallevoásudormitorio,dejandolamaletadelamuchach

—Esblandayestálimpia.Precisamentecambiélassábanasestamañana—informóel

detective.

Sharonlomiró,seria.

—¿Mequitoelvestidoyo,oprefierequitármelousted?

—¿Quéprefiereusted?

—

Medalomismo.Séqueésteeselprecioquetengoquepagarpararetenerleen

Marsella.

—¿Yestádispuestaapagarlo?

—

Notengoalternativa.Omeacuestoconusted,osemelargaaEspaña.Enlososjosd

Paulhuboundestellodeadmiración.

—
Mucho debe de apreciar usted a su amiga Evelyn, Sharon, cuando está dispuesta
—Evelyn es para mí como una hermana. El detective alargó su mano.
Sharon pensó que Jean-
Paul iba a desabrocharle el vestido, pero se equivocó. Se limitó a acariciarle suavemente.
—Buenas noches, Sharon.
Después, el detective salió de la habitación y cerró la puerta. Se acercó al sofá de la sala.
Podía convertirse en cama, y en eso lo convirtió Jean-Paul.
El policía se quitó la chaqueta y empezó a desabrocharse la camisa. La tenía ya abierta.
Jean-Paul interrumpió su acción.
Sharon Hager lo miró, desde la puerta de la habitación.
El detective, en vista de que la joven no decía nada, preguntó:
—¿Desea algo, Sharon?
—¿Es verdad, Jean-Paul?
—¿El qué?
—Que no vamos a dormir juntos.
—Sí, es verdad. Usted dormirá en mi cama y yo aquí, en el sofá.
—¿No quiere obligarme...?
—Jamás pasé eso por mi mente.
—Pero, usted dijo que...
—
Yodijemuchascosasyustedinterpretómalalgunasdeellas, Sharon. En ningún momento.
—Legustaría, confíeselo.
—
Sinorecuerdomal, yaloadmitíenlacomisaría. Perotambiéndijequeso sólo como un hombre.
—¿Dijeyoenalgúnmomentoquenolodesea?—
preguntó sorprendentemente la joven.
—Bueno, díjome muy claro que...
—Mereventabatenerqueentregarme austed por la fuerza, Jean-Paul. Era humillante, sucio, no podía gustarme.
—Niamítampoco, pero son la obligación.
—Bien. Aclarado ese punto, pasemos al otro.
—¿Cuáles el otro?
Sharon sonrió con coquetería.
—Acérquese, Jean-Paul. El detective obedeció.
La joven le puso las manos en los hombros y permitió que su cuerpo entrara en contacto.
—Antes me besó usted, Jean-Paul.

—Sí.

—Yy onole devolví el beso.

—No, no me lo devolvió.

—No fue por falta de ganas, se lo aseguro.

Las manos del policía oprimieron las caderas femeninas.

—¿Por qué fue, Sharon?

—Todavía no sabía la clase de hombre que era usted.

—¿Los abeya?

—Sí, creo que sí.

—¿Y le gusta o le disgusta?

—Vuelva a besarme y mis labios le darán la respuesta—
sugirió la muchacha, entre abriéndolos.

Jean-Paul le besó con ardor.

Y con ese mismo ardor le devolvió el beso Sharon.

El detective mordió los jugosos labios femeninos, lo sacó a ricitos con la lengua, con

Sharon se abrazó con fuerza a él, excitada.

Jean-

Paul estrujó el maravilloso cuerpo femenino, percibiendo la tibieza y urgencia

El detective sintió el irremisible deseo de acariciarlos, pero, antes de deslizarse

—Sharon...

—¿Qué?

—

Antes de seguir, quiero recordarte que no estás obligada a nada. Ella le sonrió del

—Precisamente por eso deseo que sigas, Jean-Paul. El detective sonrió también.

—Eralo que querías saber—

dijo, y volvió a unir subocales de la muchacha.

Evelyn Fox se vio zarandeado por el hombro.

Esoladespertó.

Nole extrañó ver al gigantesco Stanko junto a su cama, aunque le asustó, como

El poderoso corpachón del negro, cubierto tan sólo por el breve pantaloncito

Stanko tomó la brillante batata de la muchacha y esperó a que ella abandonara

El negro le ayudó a ponerse la bata.

Lajoven se ató el cinturón y caminó hacia la puerta, con pasocansino.

El séptimo día de cautiverio había sido el más duro para Evelyn, y no sólo por la
nacimiento de Alain Dantan.

En ese día, la joven había tenido que satisfacerse sexualmente con nueve hombres.

Y menos mal que el maníaco de Marcel Golay no apareció.

Hubiera sido y aparamorirse, de fatigay de asco.

Stanko abrió la puerta y dejó que Evelyn saliera primero, como de costumbre.

La muchacha se encaminó hacia el cuarto de baño, siempre vigilada por el

Con la misma vergüenza de los días anteriores, Evelyn se bañó e hizo sus necesidades.

Media hora después, Evelyn Fox entró en su nueva habitación.

No le sorprendió demasiado encontrar a Alain Dantan tumbado en la cama, las

Stanko cerró la puerta, dejando a la muchacha inglesa con el dueño del prostíbulo.

—Buenos días, preciosa. Evelyn no respondió.

Suponía que el francés deseaba hacerle el amor, como las otras mañanas, y eso

Alain, sin incorporarse, recordó:

—A noche dijiste que mi presencia te pone enferma, ¿no?

Evelyn siguió callada.

—¿Lo dijiste o no?—

el gesto del marqués se tornó peligroso, amenazante. Lajoven se asustó y asintió.

—Sí, lo dije.

La expresión de Alain se suavizó.

—Dijiste también que meiscariciasteasqueany mis besos te dan náuseas.

—Sí.

—

Entonces, voy a darte una alegría muy grande, guapita. No volverás sentir asco

LaspalabrasdeAlainsorprendieronmuchoaEvelyn.Elfrancéssonrióextrañar

—¿Estáscontenta,rubia?

—Mucho—tuvoelvalordecontestarEvelyn.

—Losuponía—

dijoAlain,yselevantódelacama.Caminóhacialapuerta.

Tranquilamente.

Evelynseapartóinstintivamente,temiendorecibiralgunabofetadadelfrancés.

—

Tranquila,notevoyapegar.Túnoquieresverme,yyotevoyacomplacer.Deboc

EvelynFoxsintióqueleflanqueabanlasrodillas.

—No,Alain...—pidió,conunhilodevoz.

—¿Tampocoquieresverloaél?—sonriócínicamenteelfrancés.

—Túsabesqueno.

—

Suscariciasysusbesostegustaránmásquelosmíos,yaverás.Ycuandoteposead

Evelynsintióunaoleadadefrío.

—No,Alain,no...—

suplicótemblandodepánico.Elmarselléssepusoserio.

—

Esmicastigo,nena.Meofendisteanocheyhasratificadotuofensaestamañana.

—¡Mentí,Alain!

—¿Quementiste...?

—¡Sí,noesciertoquetuscariciasmeasqueenytusbesosmedennáuseas!

¡Mecausanplacer,Alain!¡Gozomuchísimocuandomehaceselamor!

—Lodicesparalibrartedelcastigo.

—¡No,Alain!¡Túsabesqueesciertoquegozocontigo!

¡Yolonegabapororgullo,perolossuspiros,losgemidosylosjadeosmetraiciona

Sí,naturalmentequeAlainsabíaqueEvelyngozabacuandoéllehacíaelamor,p

Conburlonasonrisa,deseó:

—QuetediviertasconStanko,preciosa.Elfrancéssaliódelahabitación.

—¡Alain...!—

chillóEvelyn,corriendohacialapuerta.Intentóabrirla,peronopudo.Elmarse

Cuandoaquellapuertavolvieseabrirse,seríaparadarpasoaalmusculosoStanko.

Jean-

PaulBrimontySharonHagerrecorríanlaplaya,mostrandoatodoelmundolafotografía.

Paranosudarmásdelacuenta,eldetective,antesdequeabandonaransuapartamentoysefuera.

Sharonllevabaunbikini azulensumaletayse lo puso, colocándose encima de él.

Paul, por su parte, se puso un bañador marrón.

Después de estacionar el coche cerca de la playa, el policía y la joven se quitaron la ropa.

Llevaban algo más de una hora preguntando al agente, cuando dieron por fin el nombre de la mujer.

Se trataba de un tipo de unos cuarenta y tantos años de edad, bajito y delgado, rubio.

El hombre añadió:

—

Y o ya estaba aquí cuando ella llegó. Lucía un bikini rojo, muy pequeño. Se bañó en el mar.

—miró de arriba abajo a Sharon, cuyo bikini tenía un diseño de flores.

—Se le veía bastante descarado.

Jean-Paul sonrió y rogó:

—Continúe usted, por favor.

El hombre cillo saltó un carraspeo y prosiguió:

—Apenas cinco minutos después, se le acercó Tarzán...

—¿Quién...?—exclamó Sharon, respingando.

—

Bueno, sino era Tarzán, se le parecía mucho. Alto, musculoso, atractivo, varón.

—¿Siguiéndola?—repitió Jean-Paul.

—Sí, esome pareció.

—¿Por qué piensa eso?

—

El tipo llegó a la playa detrás de la chica, la observó mientras se bañaba, esperándola.

—¿Cómo era el coche?

—Un Mini color verde oliva.

—¿Lo conducía la muchacha?

—No, el tipo.

—¿En qué dirección se fueron?

—Porallí—indicóelhombrecillo,extendiendobelbrazo.
—¿Oyóustedloquehablaron?
—Sí,claro.Yaunquehablabaneninglés,meenterédetodo.
—Cuente,porfavor—rogóJean-Paul.

—
Bueno,nofuemucho.EltipodijollamarseAlainyvivirenMarsella;lachica,Evelyn.
EldetectivediolasgraciasalhombrecilloyélySharonHagersealejaronunosmetros.
—Bien,yatenemosladescrípcióndeltipo,Sharon.
—¿SellamarárealmenteAlain?
—Esposible.
—¿YseráciertoqueveníasiguiendoaEvelyn?
—Sí,es,elrepcionistadeElPatoGrisnosmintió.
—¿Túcrees?

—
AlguientuvoquedecirlequeEvelynveníaalaplayaenunMiniverdeoliva,
¿no?
—¿Elrepcionista...?

—
Seguro.DebeseramigodeAlain.EllehablódeEvelyn.Joven,bonita,bienformada.
—PeroelrepcionistadijoqueEvelynregresósolaaalhotel...

—
Tambiénnosmintióeneso.AlainnopodíadejarsolaaEvelyn,despuésdesuencuentro.
—Entonces,Evelynyanovolióalhotel...

—
Estoysegurodequeeno,Sharon.Yesperoqueelrepcionistaloconfirme.Porlastercerías.
—
apremióeldetective,cogiendodelamanoalamuchachaytirandodeella.

EvelynFoxgolpeabaconsuspuñoslapuertadelaacolchadahabitaciónenlaque
—¡Alain...!¡Abre,Alain,porfavor!—
suplicaba,entresollozos,olvidándosedequesuvoznopodíaoírseenelcorredor.
Lapuerta fue abierta,peronoporAlain,sinoporelterradorStanko.Evelynretróse.
—No...—musitó,conojosdeespanto.
Stankoentróenlahabitaciónycerrólapuerta,quedándoseuninstantejuntoael
Losojoslebrillaron dedeseo.

Evidentemente, al negro también le gustaban las mujeres, y cuando Alain Da

Stankosede spojó del pantaloncito de piel de tigre, exhibiendo orgullosos

descomunal masculinidad.

Evelyn Fox estuvo a punto de desmayarse. Retrocedió más.

Pálida. Temblorosa. Realmente espantada.

—No, Dios mío, no lo permitas...—

imploró, con voz apenas audible. Stanko avanzó hacia ella.

Lentamente.

Con la sonrisa en los labios. Evelyn topó con la cama.

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, pues el terror que sentía la había

Fue el único que se le ocurrió para tratar de burlar al negro.

Cuando él se > aproximaba por un lado de la cama, ella se bajaría por el otro.

La agilidad de aquel gigante de color, todo músculos, era realmente asombrosa.

Cayó sobre Evelyn y la rodeó con sus brazos de acero. La muchacha chilló.

Stanko la arrojó sobre la cama y le quitó la bata.

Evelyn quiso tirarse de la cama, pero el negro no le dio tiempo.

Se echó encima, colocándose entre sus piernas, y le sujetó las manos, para que

Evelyn seguía lanzando chillidos histéricos. De terror.

Depánico cervical. De horror.

Muy pronto, sin embargo, los chillidos fueron de dolor.

Stanko había empezado a morderle los pechos con sus grandes dientes, salv

Marcel Golay, recepcionista y propietario de El Pato Gris, estaba demuy malh

Yase había levantado así.

Y así se había acostado la noche anterior.

En realidad, el cerdo de Marcel estaba demalhumor desde que telefoneó a Ala

Alain, como medida de precaución, había prohibido a Marcel que visitase el p

Marcel le aseguró a Alain que eso no sucedería, pues el policía y la chica se habí

Hasta que no pasasen unos días, el puerco de Marcel no podría volver a mete

El malhumor del propietario de El Pato Gris estaba, pues, plenamente justi

Al policía que la acompañaba. Y al propio Alain Dantan.

Lo que le tenía la culpa de que él no pudiese gozar con la hermosa y dócil Eve

¡La amiga de Evelyn Fox y el policía acababan de entrar en el hotel!

El rostro de Marcel se transformó en un instante, sustituyendo su agría expres

—Buenos días, amigos.

¿Sabes algo de la desaparecida Evelyn Fox...?—

preguntó, con increíble naturalidad.

Jean-

Paul Brimont y Sharon Hager estaban juntos al mostrador. El detective, s

—Sí, sabemos algo. Pero queremo saber más.

—¿Qué han averiguado?

—

Que ese joven tan agradable y tan simpático que Evelyn conoció en la playa
Alain.

El rostro de Marcel Golay tuvo una ligera contracción, que no pasó inadvertido
Paul ni para Sharon, muy pendientes los dos de las reacciones del recepcionista.

Marcel, para disimular, dijo:

—¿No sería Alain Delon...?

El detective estuvo a punto de soltarle un castaño, pero se contuvo y repu

—Alain Delon ya no es tan joven.

—Pero se conserva muy bien, y sigue enamorado a las mujeres.

—¿Quiere conservar usted los dientes?

—¿Cómo?—parpadeó Marcel.

—Quesi quiere conservarusted losdientes.

—Porsupuesto.

—

Entonces,empieceacantar.Ynomesalgaconqueno esCharlesAznavourporqu

—amenazóJean-Paul,mostrándoleelpuño.

MarcelGolaynopudoseguirdisimulandosunerviosismo.

—No...noleentiendo...

Eldetectiveloagarródelacamisayloatrajohaciasí,quedandosurostroyelde

—¿DóndeestáEvelynFox?

—¿Cómovoyasaberloyo?

—Losabe.

—¿Quélehacesuponereso?

—UstedesamigodeAlain.

—NoconozcoaningúnAlain.

—UstedleavisódelallegadadeEvelynFox.

—Yonoaviséanadie.

—Confiese oempiezaaescupirdientes—Jean-

Paulvolvióamostrarleelpuño.MarcelGolay,asustado,balbuceó:

—No...nopuedeustedpegarme...

—¿Quierequelahagaunademostración?

—Lospolicíasnogolpeanalosciudadanoshonrados.—

Siustedesunciudadanohonrado,yosoyNapoleónBonaparte.

—Pagomisimpuestos.

—Yomeencargarédequepaguetambiénlootro.—¿Quéeslootro?

—Susfechorías.

—Nomehablecomosiyofueraundelincuente,porfavor.

—

Ustedespeorquendelincuente,esunaratadecloaca.YsuamigoAlainesotrara

—LerepitoquenoconozcoaningúnAlain.

—Yyolerepitoquemiente,gusano.

—¡Lejuroqueno loconozco!

—Aversiestolerefrescalamemoria—mascullóJean-

Paul,ylesoltóunpardesonorasbofetadas.MarcelGolaylanzósendosgritosdeco

—¡Nomepegue,porfavor!

—Hable.

—¿Cómoquierequededigaloquenosé?

Jean-Paulle cruzólacaradenuedo,conmásviolenciaaunqueantes.

—

Sueltelalenguaantesdequeselaarranqueyoonunastenazas,basura.

Marcel sintióqueunhilillodesangreleresbalabaporlabarbilla,yseaterróaún

—Nomegolpeemás,selosuplico...—

gimoteó.Eldetective,conlamanoenalto,interrogó:

—¿CómoseapellidasuamigoAlain?

—Dantan...—confesóMarcel.

—¿Dónde vive?

Marcel reveló la dirección de su apartamento.

—¿Tiene allí a Evelyn Fox?

—No.

—¿Dónde la llevó?

Marcel Golay titubeó, pero la nueva bofetada del policía acabó instantáneamente.

—Es dueña de un prostíbulo. Sharon Hager meitió un gemido.

—Dios mío...

Jean-Paul, duramente, siguió interrogando:

—¿Dónde está ese prostíbulo? Marcel se lo dijo.

—Vas a llevarnos allí, cucarachagordas querosa—ordenó el detective.

—Sí, sí.

—Vamos, sal de ahí detrás, sanguijuela.

Marcel Golay se disponía a obedecer, cuando vio entrar en el hotel a dos tipos,

El dueño de El Pato Gris casida un brinco de alegría, pues se conocía a los pardesujetos.

Solían realizar algunos «trabajos» para Alain Dantan. El de la derecha, que

—¡Quieto, policía!

Jean-Paul Brimonty Sharon Hager respingaron adúo.

El detective, instintivamente, hizo ademán de empuñar su revólver, pero lo

—¡Sitocastu arma eres hombre muerto!

Jean-

Paul no tuvo más remedio que interrumpir su acción. Claude ordenó:

—¡Las manos sobre la cabeza, policía! ¡Tú también, preciosa! Jean-

Paul y Sharon obedecieron.

La muchacha estaba muy pálida y temblaba perceptiblemente. Gastón

—¡Desarma al detective, Marcel!

El dueño del hotel salió rápidamente de detrás del mostrador y abrió la puerta

—¡Cachéal bien, Marcel, que puedes llevar otra pistola oculta!—

dijo Claude.

Marcel Golay cacheó concienzudamente al detective, comprobando que no

—Nada, muchachos—dijo—. ¿Cacheo también a la chica?—sugirió, deseoso de palpar

los pechos, los muslos y las nalgas de Sharon.

—Sí, pero rápido—respondió Gastón.

El dueño de El Pato Gris bobó de cara de asco a Sharon Hager, con un brillo

Jean-Paul Brimont apretó las mandíbulas con rabia.

Sentía deseos de machacar los genitales del cerdo de Marcel de un rodillazo.

quecontenerse, porqueClaudeyGastónnodejabandeapuntarleconsuspistola
Denohallarsetanasustada, Sharonhubieseeno rojecidoviolentamentealsen
Estedioporfinalizadoelcacheoeinformó:
—Lamuchachanollevaarmas.
—Túyalosabías, bribón—sonrióClaude.Marceltambiénsonrió.
—¿Cómohabéisaparecidotanoportunamente, muchachos?
—
Alainnoestabasegurodequeepudierasreprimirtusdeseosdevisitarelprostíbulo
—respondióGastón
—.Vimosentraralpolicíayalachica, escuchamosloquehablabais, eintervinim
MarcelmiróaJean-PaulyaSharon.
—¿Quévaisahacerconellos?
—LoqueordeneAlain.Llámale, Marcel—
dijoClaude.EldueñodelmodestohoteltelefoneóaAlainDantan.Noloencontr
Marcelleinformódetodoconbrevedadyrapidez.Alainordenó:
—Quelostraiganalprostíbulo.

Evelyn Fox sollozaba y lanzaba continuos gemidos de dolor, encogida sobre el
 El bestiade Stankohacíayaunos minutos que había abandonado la habitación
 Había violado a la muchacha inglesa, haciéndola sufrir horriblemente, aloc
 Pero la desgracia da a únsufrió mucho más cuando el negro la sodomizó, empl
 Evelyn Fox deseó morir se enaquel momento, pero siguió vivay tuvo que sop

Ahora, que ya había acabado todo, aunque el dolor persistía, la joven maldecía unay

mil veces a Alain Dantan, el verdadero culpable de todo.

Si volvía a verle, se vengaría de él. Lo intentaría, al menos.

Luego, que hiciera con él lo que le viniera en gana.

Más de lo que había sufrido, ya no podía hacerla sufrir. Y, si Alain la mataba

La muerte sería algo grato, dadas las circunstancias.

Súbitamente, la puerta se abrió y Alain Dantan entró en la habitación, con el cigarrillo

Sonrisa que no se borró ni después de que sus ojos se posaran en los lastimados

—Vaya, veo que Stankose empleó con mucho ardor—dijo cínicamente.

Evelyn lo desintegró con la mirada.

—Canalla...—rezongó, muy quedamente.

—

Tú te lo buscaste, preciosa. Rechaza esta compañía, y yo te proporcionaré otra, p

—Miserable...

—Yotambién has ido perdiendo, ¿sabes?

Stankote ha dejado hecha una zorra, ya no podrá trabajar en unos cuantos días

¿Sabes a quién me refiero, Evelyn?

La joven se estremeció.

—¿Sharon...?

El francés cabeceó afirmativamente.

—Lo adivinaste, nena.

—¿Piensas atraparla...?

—

La ha atrapado ya. En estos momentos se dirige hacia aquí. Dos buenos amigos m

resentirse.

ElodiosedebordabayaelosojosdeEvelynFox.

SeimaginabaSharonHagerencerradaenunadeaquellashabitacionesacol
Ysioponiáresistencia,elbestiadeStankolatomaríaporsucuentayleharíalo

EstospensamientosacentuaroneldeseodevenganzadeEvelyn.Decidi

—Tengosed,Alain.

—Sobrelamesilladenochetienesunvasodeagua.

—Acércamelo,porfavor—pidiólajoven

—Medueletantoelcuerpoquenopuedomoverme.

—Melocreo—sonrióelmarsellés,aproximándosealamesilladenoché.

Elvasoeradeplástico,paraquelacautivanopudierautilizarlocomoarmacon

Cuandodescubrieronlosucedido,lamuchachasehabíadesangradoporcompletoy

erayacadáver.

Aquelmismodía,losvasosdecristalfueronsustituidosporvasosdeplástico,

Alaincogióelvasoyse loacercó aEvelyn.

Lamuchachanolotomóconsumano,sinoquelevantóligeramentelacabeza,

Alain,siempresonrienteyconelhabanoentrelosdientes,lohizoasí,inclinán

Evelynparecióqueibaabeber,pero,repentinamente,susdosmanosse dispa

Alain,pilladopor sorpresa,noacertóareaccionar,y lasuñasdelajoveningles

Deloslargosyprofundossurcosbrotólasangreinstantáneamente,convirtie

ElaullidoquelanzóAlainDantanfue muyparecidoalosquebrotabandelaga

Eldueñodelprostíbulo sellevórápidamentelasmanosasuensangrentadoro

Elvasodeaguacayósobrelacama.

TambiénelcigarroqueAlainteníaenlaboca,ahoraabiertadeparenpar,porl

Evelyncogióvelozmenteelpuoyaplicólabrasaeneldorsodelamanoizquie

Alainau llódenuevoyretiróinmediatamentelamano.EsoeraloqueEvelyn

Sí,porquelamuchachaqueríaquemarlelosojos,nolasmanos.

Lasquemadurasdelasmanosdesaparecenenunpardesemanas.Lasdelos
Eraunactomonstruoso,yEvelynlosabía.

Pero¿acasonohabíasidomonstruosotodoloqueAlainDantanhabíahecho
¿Ynoloea,también,loquepensabahacerconSharonHager?
EvelynFoxnolodudó.

TanprontocomoAlainretirólamanoquemadadesucara,leaplicólabrasade
Porsuerteparaelmarsellés,loteníacerradoysólolequemóelpárpadoylas
lamanodeEvelyn.

Lajoventratóderecuperarlo,peroelfrancés lavioporelotroojoylesoltóunbr
Evelyngritó,másqueporlabofetada,poreldolorquesintióensusentrañas,
desgarradasporeldespiadadoStankohacía tantosólo unrato.

Alain,encolerizadoyrabiandodedolor,laemprendióapatadasconlaindefe
—¡Toma,perra,toma!¡Te voyaconvertirenundespojo!¡Pagarásconcreceslas
heridasylasquemadurasquemehascausado!

¡Stankote violará todas las semanas,y luego yote aplicará cigarros encendidos
¡Mesuplicarásquetemate,peroyonoteharé caso!
¡Temantendré convidaparapodertorturartecada día!

Evelyngritabayseretorcía,acusandolosgolpes,peronosuplicabaque cesas
Elladeseabaquecontinuase.

Teníalaesperanzadequeelmarselléslamataseapatadas,yasí seahorraríato
Desgraciadamenteparaella,nosucedió talcosa,puestanprontocomoperdió
Evelynquedó tendida en elsuelo.Inmóvil.

Desnuda.

Ensangrentada.Peroviva...

Jean-Paul Brimont conducía su Citroën.

Junto a él, encañonándole con su pistola, iba Claude.

En el asiento de atrás viajaban Sharon Hagery y Gastón, éste apuntando a la mu-

ñeira. Marcel Golay había quedado en su hotel, visiblemente contento, pese a tener

el dueñode El Pato Gris estaba contento por que, apresados el policía y la amig

Quizá aquella misma noche.

Aunque, después de haber palpado las firmes curvas de la atractiva Sharon, M

Marcel Golay estaba seguro de que Alain Dantan lo eliminaría a la bella y apete

Mientras el propietario de El Pato Gris se relamía sus repugnantes labios con la lengua,

pensando en todo esto, el Citroën de Jean-

Paul Brimont seguía circulando por las calles de

Marsella, en dirección al prostíbulo de Alain Dantan.

El detective, por el espejo interior del coche, miraba de vez en cuando a Sha

Hasta sus labios habían perdido el color.

Sin duda adivinaba que Alain Dantan le reservaba la misma suerte que a Evely

Jean-Paul apretó los dientes. Tenía que hacer algo.

Y lo haría en cuanto se le presentase una oportunidad favorable. Por el mon

No le sería difícil sorprender a Claude y arrebatárle el arma, pero detrás estaba

Tendría que esperar.

Tal vez en el prostíbulo se le presentase esa oportunidad que estaba esperan

En el asiento trasero, Gastón había posado su mano sobre el muslo derecho

Hager.

La joven fue a protestar, pero miró la pistola que empuñaba el tipo y ya no se atre

Gastón, un tipo poderoso delgado, bastante feo, sonrió y apretó el prieto y terso

Sharon pidió al cielo que el fulano se conformara con eso, que su mano no se de

El cielo no escuchó lasúplicas mental de la muchacha, y la mano de Gastón des

Lajovenlosapretóconfuerza,paraimpedirquelamanomasculinaprofundiz
Jean-

Paulnopodíaverloqueestabapasando,pero,porlaexpresióndelrostrodeShar

Eldetectivesintióquelasangrelequemabaenlasvenas.

Encajólasmandíbulasy,sinquenadieseloordenara,pisóelacelerador.

EraloúnicoquepodíahacerparaacabarconlosabusosdelpuercodeGastón:lleg

Claude,extrañado,preguntó:

—¿TienesprisaporconoceraAlain,policía...?

—Sí,estoydeseandotenerlofrenteamíparapoderescupirleenlacara—
masculló

Jean-Paul.

—Silohacestarrepentirás,teloaseguro—

sonrióClaude.Eldetectivenovolvióahablar.

Yaestabanmuy cercadelprostíbulo secreto.

Enelasientodeatrás,Gastónintentabaalcanzarla intimidaddeSharon,perolaj

Llegaronalprostíbulo.

Jean-

Pauldetuvoelcochefrentealadiscretacasacuyojardínlaaislabadelasdemás.

EldetectivetuvoqueadmitirqueAlainDantansabíahacerlascosas.Elhabíapas

ClaudehizosalirdelCitroenaJean-

Paul,sindejardeapuntarleconsuarmaunsolosegundo,mientrasqueGastón,c

FueClaudequienpulsóeltimbre.Delaformaconvenida.

Escasossegundosdespués,lamujeraltaydelgada,entradaenañosydeaspector

Lohizoconseriedad,puesAlainyalahabíapuestualcorrientedeloquesucedía.

—Pasad,rápido—apremió.

Jean-

PaulySharonfueronobligadosaentrarenlacasaporClaudeyGastón.Lamujers

ClaudeempujóaJean-Paul.

—Camina,policía.

Eldetectivemoviólaspiernas,endirecciónalaescaleraqueseveíaalfondode

Gastón,quenosoltabaelbrazodeSharon,obligóalamuchachaacaminartan

Subieronloscuatrolaescalera.

Alllegararriba,vieronlaAlainDantan.

Estaba en la puerta de una de las habitaciones destinadas a las mujeres que era su ojalito. Quería que se hallaba cubierto por una gasa, sujetada con un paño. Tanto Claude y Gastón quedaron muy sorprendidos.

—¿Qué te ha ocurrido, Alain...?— exclamó el primero.

—¿Quién te ha hecho todo eso...?— preguntó el segundo.

El traficante de mujeres, que observaba fijamente a Sharon Hager con su ojo

—

Una de las chicas, pero ya le disuimerecido. Bueno, sólo un anticipo de su merecido.

Las palabras de Alain Dantán hicieron estremecerse a Sharon Hager. El mar

Jean-Paul y Sharon entraron también, empujados por Claude y Gastón.

Stankó se hallaba con Alain.

Sharon casida un grito al descubrir al gigante negro, prácticamente des

A Jean-

Paul también la impresionó la poderosa complejión física de Stankó, sus desar

Alain cerró la puerta y se encaró con el detective.

—Así que hiciste cantar a Marcel, ¿eh, policía?

—No fue difícil— respondió Jean-Paul, mirándolo a su vez.

—En ese momento firmaste tus sentencias de muerte.

—¿De veras?

—Stankó será tu verdugo.

Jean-Paul miró nuevamente al negro y rezongó:

—De eso tiene cara.

—

Claude, Gastón, quedáos aquí mientras Stankó le rompe todos los huesos a

—indicó Alain—. Tú, preciosa, ven conmigo— ordenó a Sharon.

La joven tembló visiblemente. Alain sonrió y dijo:

—

No te preocupes, tú no sufrirás ningún daño. Te necesito vivo y en buen estado, ya

—No

—¿No tienes ganas de ver a tu amiga Evelyn?

—Sí...

—Te llevaré con ella—

dijo Alain, cogiéndola del brazo. Sharon miró a Jean-Paul.

Los ojos se le empañaron de lágrimas, pues estaba segura de que no volvería a ver al

detective.

No dijo nada.

Jean-Paul tampoco.

Alain sacó a Sharon de la habitación.

Claudey Gastón se situaron en un ángulo de la habitación para presenciarse.
Paul Brimont.

El negro avanzaba hacia el detective.

Jean-

Paul se despojó rápidamente de la chaqueta, para desenvolverse mejor en la pelea.

Consciente de que apuñetarlo era poco menos que imposible, le tumbó al negro.
Stanko le atacó.

Jean-Paul burló hábilmente el puño de!

negro y le golpeó en el costado, con la mano abierta.

Stanko lanzó un rugido, acusando claramente el golpe recibido. Furioso, a

Jean-

Paul se quitó por segunda vez la poderosa maza del negro y volvió a golpearle con

Stanko rugió de nuevo y se encogió.

Claudey Gastón animaron al gigante de ébano.

—¡Atrápalo, Stanko!

—¡Hazle la brazó de la muerte!

El negro hizo caso, y ya no trató de golpear al policía con sus puños, sino de apri

Saltó sobre él.

Jean-

Paul se escabulló con sorprendente agilidad y propinó dos golpes seguidos en la

Las vértebras del negro crujieron sordamente.

Stanko se revolvió, mucho más furioso que antes.

Y mucho más dolorido, también, porque los cantos de las manos del policía ha

Claudey Gastón seguían animándole.

—¡Vamos, Stanko!

—¡Quenosería el «poli» deti!

Jean-Paul nos enseñó a Stanko, desde luego.

Sabía que, si el negro conseguía atraparlo, le partiría la columna vertebral en

Stanko saltó nuevamente sobre él. Jean-

Paullo burló, pero por los pelos.

El detective volvió a golpear al negro en la espalda.

Y en el cuello.

Y en los riñones.

Stanko bufó de rabia y de dolor.

Jean-

Paul, tras larápidaycertera serie de golpes de karate, se alejó del negro, para que

Disimuladamente, quedó muy cerca de Claudey Gastón.

Velozcomounacentella, eldetective se volvió hacia ellos y dejó caer sus puños.
Claude y Gastón aullaron y perdieron sus armas. Jean-
Paul recogió velozmente una de las pistolas.
—¡Quietos todos!—ordenó.

Claude y Gastón obedecieron, pero no así Stanko, que se arrojó sobre el detective.
Jean-Paul no tuvo más remedio que dispararle.

El negro recibió la bala en el pecho, pero es que no frenó el impulso de su hercúleo brazo.
Claude aprovechó la circunstancia para recoger el suelo la otra pistola, mientras
los dos dispararon sobre la policía.

Jean-

Paul se arrojó al suelo y respondió al fuego de los tipos, alcanzándolos a ambos.

Jean-

Paul Brimont se irguió de un salto, recuperó su revólver, arrojó la pistola que había
comenado a sacarla y se hallaría a Alain, Sharon y Evelyn, empezó a abrir todas las
en la habitación que primero abrió, encontró a una muchacha pelirroja sentada en
la cama, al ver la pistola, se asustó.

—¡Tranquila, soy policía!—hizo saber Jean-

Paul, y abrió la puerta.

La joven que ocupaba aquella habitación tenía el cabello dorado y se hallaba
así se hallaba también el tipo que tenía sobre ella. La estaba poseyendo.

Jean-

Paul irrumpió en la habitación y propinó un duro golpe con su pistola al fulano, e
—¡Soy policía!—

dijo al chicarubia, y abandonó rápidamente la habitación. Abrió la puerta.

Eran Sharon Hagery Alain Dantan.

La muchacha, con el vestido desgarrado y la pieza superior del bikini azulado.

Jean-Paul se lanzó hacia el dueño del prostíbulo, rugiendo:

—¡Suéltala, hijo de perra!

Alain respiró sobre el cuerpo casi desnudo de Sharon y giró la cabeza. El detective

Alain aulló como un coyote y se llevó las manos al nariz, cuyos huesos habían sido
Un nuevo golpe de Jean-

Paul, propinado igualmente con su revólver, en toda la cabeza,

dejósinconocimientoaldueñodelprostíbulo,quien cayódelacamacomounsa SharonHagerseincorporóyseabrazóaldetective,locadealegría.

—¡Jean-Paul...! ¡Estás vivo, Jean-Paul! El policía la estrechó con calor.

—Llegué a tiempo, ¿verdad?

—¡Oh, sí, sí!

—¿Y Evelyn...?

—¡Alain me engañó!

¡No me llevó con ella, sino directamente a esta habitación para violarme!

—La encontraremos, no te preocupes.

—¡Vamos en subbusca, Jean-Paul!

—Sí, no perdamos tiempo.

Jean-Paul la cogió del mano y salieron los dos de la habitación.

Sharon Hager dió un chillido de horror, al descubrir a su amiga tirada en el suelo,

Jean-Paul, muy impresionado también, abrazó a Sharon, pues la joven estaba al borde

del desmayo.

—Trata de sobreponerte, Sharon.

—¡Es demasiado monstruoso, Jean-Paul!—

rompió a llorar la muchacha; sobre el hombro del detective.

—

Debió ser Evelyn quien hirió a Alain en el ojo, las mejillas y el mano, y él se vengó.

—¡Ese hombre es el peor canalla que existe en el mundo!

—

Recibirás lo merecido, te lo prometo. Y no temas por Evelyn, se recuperará.

—¡Dios lo quiera!—

respondió Sharon, y siguió sollozando sobre el hombro de Jean-Paul.

Desdeelmismoprostíbulo,Jean-
 PaulBrimonttteleponeóalcomisarioLeclerc,informándolebrevementedelosu
 Escasosminutosdespués,elpropioMichelLeclerc,acompañadodevariosde
 ElmásgravedetodoseraelnegroStanko.
 LasheridasdeClaudeyGastónnoerantanserias.
 Lostresfuerontrasladadosalhospital,aligualqueEvelynFox.
 AlainDantany sufalsatía,lamujerdeaspectorespetable,fueronesposadosy
 MarcelGolaytambiénfuedetenido,naturalmente.
 EldueñodeElPatoGrisloconfesótodoenpresenciadelcomisarioLeclerc.
 Jean-
 PaulBrimontySharonHagerpasaronelrestodeldíaenelhospital,juntoaE

Fox.

Elmédicohabíaaseguradoquelascontusionesylesionesinternasquepadeci
 Porlanoche,yaenelapartamentodeJean-Paul,Sharonpreguntó:
 —¿CuándosalesparaEspaña,Jean-Paul?
 —NopiensoabandonarMarsellamientrástúsigaquí,Sharon.
 —Noquieroestropear tus vacaciones,Jean-Paul.
 Eldetectivelatomóporlacinturaylaatrajohaciasí.
 —Unasemanitacontigotampoco esmocodepavo,¿sabes?
 —
 ¿Poresotequedas,parapoderhacermeelamorunas cuantas veces más?
 —Lopasamos muy bien anoche,¿no?
 —Sí,estupendamente.
 —Estanochetambiénlo pasaremos bien.Ylasotrasséisnoches.
 —Yluego,sítehevisto,nome acuerdo.
 —Noentiendoloquequieresdecir,Sharon.
 —QueyovolveréaInglaterra ytútequedarás enFrancia,tanfresco.
 —Esinevitable,Sharon.
 —¿Porqué?
 —YonopuedoviajaraLondres.
 —Peroyosípodríaquedarme enMarsella.
 —¿Lodicesenserio?
 —Sólotienesquepedírmelo.
 Jean-
 Paulacaricióelnegroybrillantecabellodelamuchachainglesa.
 —¿Tehasenamoradodemí,Sharon?

—
 Sí;losupecuan do creí queStankoibaamatarte,quenote volvería aavermás.Enes
 Paul.Séqueatitegustala

libertad, pasar de una mujer a otra... Pero sonotepidoquetecas conmigo, sólo

El detective la besó suavemente en los labios y confesó:

—
Teamoya, Sharon. Pensaba decírtelo antes de que regresara a Londres, la última vez.
El rostro de Sharon Hager resplandeció de felicidad.

—¿Y a no te importaba perder tu libertad...?

—En absoluto, te lo aseguro.

—¿Y podrás conformarte con una sola mujer...?

—
Siendo tú esa mujer, no me cabía la menor duda. Siempre que no te pongas gorda, Sharon rió.

—Cuidaré mi silueta para ti, Jean-Paul.

—Te daré un repaso todas las noches para asegurarme—
rió también el detective, y besó los labios de su futura esposa con verdadero entusiasmo.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**